

## CAPITULO XV

### LAS GRANDES FIESTAS

**D**EJARIAMOS incompleta nuestra relación si no agregaremos al diálogo de los Soberanos y las damas de la corte de que hemos hecho mérito en el capítulo anterior, algunos otros detalles de su llegada á México; que fué uno de los sucesos que tuvieron más resonancia en aquella época.

El siguiente es un ligero resúmen de las descripciones que hicieron entonces los periódicos imperialistas:

En un lujoso wagon se colocaron los soberanos para salir de la villa de Guadalupe á las ocho de la mañana, acompañados de los principales personajes que figuraban en la nueva corte, en su mayor parte extranjeros, y en la estación recibió Maximiliano unas llaves que se supuso eran las de la ciudad, de manos del Presidente del Ayuntamiento con una arenga que fué contestada en mal español. Luego la comitiva que había de recorrer á caballo ó en carruages las calles designadas

para ir á tomar por la Mariscala, Vergara y Plateros, se compuso así:

Descubierta de caballería mexicana.

El Ayuntamiento y los Prefectos.

El Consejero barón de Schertzenlechner, Dr. Semelader y el Secretario Iglesias.

Las damas de palacio.

El Ministro de Estado Don Joaquín Velazquez de León, el Lugar Teniente del imperio general Almonte y su señora.

Tres oficiales de órdenes.

Gran carroza con tres troncos negros llevando á SS. MM.

Los generales Bazaine, Woll y Salas.

El conde Bombelles y el general Neigre.

Varios carruajes con generales mexicanos imperialistas y el Estado Mayor.

Cerraba la marcha una gran escolta de coraceros, siguiendo todas las tropas francesas en columna.

La ciudad estaba toda vestida de fiesta y principalmente las calles por donde tenía que pasar la comitiva se veían cuajadas de colgaduras. Todo estaba tapizado de flores, gallardetes, cortinas, cuadros, inscripciones y de trecho en trecho grandes arcos, los unos de follaje, los otros de madera, ó de lienzos pintados, con retratos y alegorías. Las puertas, los balcones, las azoteas, las aceras, todo estaba henchido de gente y en las calle de Plateros se habían pagado precios fabulosos por las localidades, entrándose á las casas con boleto.

Los departamentos de Zacatecas, Guanajuato y otros, es decir, sus autoridades, mandaron levantar

arcos por su cuenta y uno que se encontraba en la esquina de la Mariscala tenía en lo alto los bustos de Napoleón III y la Emperatriz Eugenia con estos dísticos:

Á NAPOLEÓN III.

Tú eres el génio que en la patria mia  
Como el sol brillas este hermoso día.

A EUGENIA, EMPARATRIZ.

Tú eres la grande amiga y la primera  
Que fué del nuevo imperio mensajera.

En los demás arcos se veían diferentes inscripciones y dísticos. De estos últimos como una pequeña muestra reproducimos los siguientes:

Á Pío IX.

Al inmortal Pontífice Pío nono  
Que al príncipe bendice y salva el trono.

Á MAXIMILIANO I.

El Soberano la Nación dirige.  
La Ley gobierna, la Justicia rige.

Por base el trono la justicia tiene  
Y en la equidad y el orden se sostiene.

Á CARLOTA, EMPERATRIZ.

De México, ¡oh Carlota! los vergeles  
Os brindan palmas, rosas y laureles.

Como el iris que brilla en la tormenta  
En México Carlota se presenta.

Seguían otra infinidad, mucho más ramplones, como, por ejemplo estos según el dicho vulgar, propios para arder en un candil:

Vuestra gloriosa y merecida fama  
Primer hombre de América os proclama.

La aurora de la paz brilló en el cielo:  
Aguila entumecida emprende el vuelo.

El grande, el inmortal Maximiliano  
Dejó de ser austriaco: es mexicano.

Simboliza, señor, vuestra presencia  
La Religión, la Paz, la Independencia.

Hubo un verdadero torneo de disparates entre los inspirados poetas imperialistas.

Ahora bien, en medio de las salvas de artillería, los camarazos de los barrios, los repiques de todas las iglesias, los gritos de la multitud y una lluvia de flores y de varios impresos en papelitos de colores, atravesó la comitiva las calles, siendo detenida á cada instante para que los soberanos recibieran presentes, oyeran arengas y poesías ó recibieran saludos de las agrupaciones que les salían al paso. En la puerta de la Catedral estaba todo el clero seglar y regular esperándolos y bajo palio penetraron al ataviado

templo en procesión solemne acompañada de incensarios y campanillas. Encabezaban la troupe eclesiástica el arzobispo Labastida y diez ó doce mitras más que habían sido convocadas para dar más suntuosidad á la ceremonia.

Había un trono en el presbiterio y á él fueron llevados los magníficos emperadores, desde donde asistieron al *Te Deum*, que era el décimo nono que se les cantaba en el poco tiempo que tenían de haber pisado el suelo mexicano. Se tenía gran empeño en catolizarlos porque se sabía que eran aquellos hapsburgos un poco tibios en asuntos de religión.

Por supuesto que á la Catedral ese día no tuvo acceso más que la aristocracia, á la cual se había llevado allí con invitaciones especiales, de manera que no se veía mas que gente vestida con gran lujo, lo cual no dejó de impresionar favorablemente á SS. M M.

Después de la suntuosa función eclesiástica se dirigió la comitiva al Palacio Nacional que debería llevar en lo sucesivo el nombre de residencia imperial en donde estaban ya amueblados con magnificencia los departamentos del imperio, con todas sus dependencias, mueblaje que según es sabido se envió de Europa con el dinero del empréstito.

En el solón de Embajadores se verificaron las felicitaciones con todo el ceremonial monárquico, al cual concurren el general Bazaine con gran acompañamiento militar, el Lugar Teniente con sus ministros, el arzobispo Labastida con un enjambre de obispos y canónigos, los generales mexicanos, el claustro de doctores con borlas y las demás corporaciones y empleados. La orden de Guadalupe estuvo repre-

sentada por el indígena general Mejía con capa blanca, que parecía mosca en leche. El Emperador vestía uniforme de general mexicano con sombrero montado llevando las insignias de gran Maestre de la mencionada orden.

Se concluyó el besamanos, los soberanos tomaron posesión de sus magníficas habitaciones y por la tarde SS. MM. salieron en gran carrosa descubierta seguidos de la corte, extendiendo su paseo hasta los suburbios de San Cosme. Como todas las calles estaban adornadas y llenas de gente, no les pareció mal á Maximiliano y consorte, el aspecto de la capital de su imperio. Especialmente la Emperatriz estaba siempre radiante no cansándose de dar muestras de satisfacción.

SS. MM. volvieron en medio de una tormenta muy parecida á la que les cayó en el camino de Veracruz, lo cual les hizo comprender que no les eran favorables los elementos. Esto descompuso algo los grandes preparativos que se habían hecho para la fiesta nocturna que consistían en gran iluminación, suntuosos fuegos artificiales, vistosas cabalgatas, procesiones de antorchas y magnífica serenata.

Se recordará que fué turbada la conversación que sobre sus emociones tenía la corte cuando fué anunciada la presencia de algunos personajes que acudían al banquete de cuarenta cubiertos dispuesto para Sus Majestades, completándose aquel número con con unos ocho ó nueve mexicanos de los principales, pues los demás asistentes fueron extranjeros de los que formaban el rumboso séquito del Emperador, así como los jefes de la guarnición francesa.